V

Además, los genios desconciertan.

No se sabe cómo contar con ellos. La furia lírica les obedece; la interrumpen cuando quieren. Parecen desencadenados. Instantáneamente se paran. Los desenfrenados son melancólicos. Se les ve en los precipicios colocarse en una cima y plegar sus alas; entonces se ponen á meditar. Su meditación no es menos sorprendente que su enfurecimiento. Hace poco planeaban, ahora profundizan. Pero siempre con la misma audacia.

Son los gigantes pensativos. Su sueño titánico tiene necesidad de lo absoluto y de lo insondable para dilatarse. Piensan cómo irradian los soles, con el abismo al rededor de ellos necesariamente.

Sus idas y venidas en el ideal dan el vértigo. Nada está demasiado alto ni demasiado bajo para ellos. Van del pigmeo al cíclope, de Polifemo á los Mirmidones, de la reina Mab á Calibán, de una aventura amorosa á un diluvio, y del anillo de Saturno á la muñeca de una niña. *Sinite parvulos venire.* Tienen una pupila-telescopio y una pupila-microscopio. Registran familiarmente esas dos profundidades inversas, lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño.

¡Y no hay que ponerse furioso contra ellos! ¡Y no hay que reprocharles todo eso! ¡Vamos! ¿Adónde iríamos á parar si se tolerasen tales excesos? No tienen escrúpulo alguno para escoger argumentos, horribles ó dolorosos, y siempre la idea, aunque sea inquietante y temible, seguida hasta el extremo, sin misericordia para el prójimo. Esos poetas sólo ven su objetivo. Su procedimiento es inmoderado. ¿Qué es Job? Un gusano sobre una úlcera. ¿Qué es la *Divina Comedia?* Una serie de suplicios. ¿Qué es la *Ilíada?* Una colección de llagas y heridas. No hay una arteria cortada que no esté descrita con complacencia. Examinad las opiniones sobre Homero; preguntad á Escalígero, á Terrasson, á Lamotte, lo que piensan. ¡La cuarta parte de un canto dedicado al escudo de Aquiles! ¡Qué intemperancia! Quien no sabe limitarse, no supo jamás escribir. Esos poetas agitan, remueven, turban, molestan, conmueven; todo lo hacen temblar, á veces todo lo rompen, son terribles. Así hablan los ateneos, las sorbonas, las cátedras oficiales, Saumaise sucesor de Escalígero en la universidad de Leiden y la burguesía detrás de ellos, todo lo que en literatura y en arte representa el gran partido del orden. ¿Qué se quiere más lógico? La tos se disputa con el huracán.

A los pobres de espíritu se añaden los que lo tienen demasiado fuerte. Los escépticos ayudan á los necios. Los genios, con raras excepciones, son orgullosos y severos; lo llevan en la médula de los huesos. En su compañía van Juvenal, Agripa, d'Aubigné y Milton; son un poco intratables, desprecian el *panem et circenses,* son poco acomodables y gruñones. Hay que burlarse de ellos agradablemente. Bien hecho.

¡Ah, poeta! ¡Ah, Milton! ¡Ah, Juvenal! ¡Ah, mantenéis la resistencia! ¡Ah, perpetuáis el desinterés! ¡Ah, aproximáis dos tizones, la fe y la voluntad, para hacer brotar la llama! ¡Ah, tenéis algo de la vestal, viejo descontento! ¡Ah, tenéis un altar, la patria! ¡Ah, tenéis un trípode, el ideal! ¡Ah! Creéis en los derechos del hombre, en la emancipación, en el porvenir, en el progreso, en lo bello, en lo justo, en lo grande; tened cuidado, porque os atrasáis. Esa virtud es tozudez. Emigráis al país del honor, pero al fin emigráis. Ese heroísmo ya no sienta bien. No corresponde á las costumbres de nuestra época. Viene un

zón que hemos alabado, la templanza, la moderación, el «buen sentido», el arte de limitarse, los escritores limados, mondados, cortados, regulados, el culto de las cualidades que los malévolos llaman negativas, la continencia, la abstinencia, José, Escipión, los bebedores de agua; todo eso es excelente; sólo que es preciso prevenir á los jóvenes discípulos que, de tomar esos principios demasiado al pie de la letra, se corre el riesgo de glorificar una castidad de eunuco. Admiro á Bayardo, pero admiro menos á Orígenes.

VI

Resumen. Los grandes espíritus son importunos; encuentro juicioso dejar de complacerles.

Después de todo, acabemos de convenir en ello y completemos la acusación, hay algo de verdad en los reproches que se les hace. Esa cólera se concibe. Lo fuerte, lo grande, lo luminoso, son, desde cierto punto de vista, cosas que hieren. Nunca es agradable que otro nos adelante; sentirse inferior, es sentirse ofendido. Lo bello existe por sí mismo de un modo tal, que no necesita para nada del orgullo; pero ¿qué importa? Dada la medianía humana, humilla al mismo tiempo que encanta; parece que naturalmente la belleza sea un vaso de orgullo, se le supone lleno, se busca vengar el gusto que os da, y la palabra, *soberbio,* acaba por tener dos sentidos, de los cuales el uno hace desconfiar del otro. Ya hemos dicho que de esto tiene la culpa lo bello. Es excesivo. Un croquis de Piranesio os desconcierta; un apretón de manos de Hércules os hiere. Lo grande tiene faltas. Es cándido, pero pesado. La tempestad cree regaros y os anega; el astro cree iluminaros y os deslumbra; algunas veces os ciega. El Nilo fecunda, pero desbordándose. Lo *demasiado* no es cómodo; la habitación del abismo es ruda; el infinito es poco habitable. Una casita en la catarata del Niágara ó en el circo de Gavarnie, está mal situada; es difícil acomodarse con esas feroces maravillas; para verlas habitualmente sin estar impresionado, es preciso ser un cretino ó un genio.

La misma aurora nos parece á veces inmoderada; quien la mira de cara, sufre; los ojos en ciertos momentos piensan muy mal del sol. No nos extrañemos, pues, de las quejas, de las reclamaciones incesantes, de las cóleras y de las prudencias, de las cataplasmas aplicadas por cierta crítica, de las oftalmías habituales á ciertas academias y cuerpos de enseñanza, de las precauciones recomendadas al lector, de todas las cortinas echadas y todas las pantallas usadas contra el genio. El genio es intolerante sin saberlo á fuerza de ser él mismo. ¿Qué familiaridad queréis que se tenga con Esquilo, con Ezequiel, con Dante?

El yo, es el derecho al egoísmo. Pues lo primero que hacen estos seres es sacudir el yo de cada cual. Exorbitante en todo, en pensamientos, en imágenes, en convicciones, en emociones, en pasión, en fe, sea cual fuere el lado de vuestro yo al cual se dirijan, le molestan. A vuestra inteligencia, la sobrepujan; á vuestra imaginación, la deslumbran; á vuestra conciencia, la interrogan y la registran; á vuestras entrañas, las tuercen; á vuestro corazón, le destrozan; á vuestra alma, se la llevan.

El infinito que poseen dentro de sí sale al exterior, les multiplica y les transfigura á vuestra vista á cada instante, fatiga temible para vuestra mirada. Yendo con ellos no sabéis nunca dónde estáis. En todo momento aparece lo imprevisto. No esperabais más que hombres, y no pueden entrar en vuestro cuarto porque son gigantes; no esperabais más

que una idea, bajad los párpados, son el ideal; no esperabais más que águilas, pero tienen seis alas, son serafines. ¿Están, pues, fuera de la naturaleza? ¿Les falta la humanidad?

No por cierto, lejos de eso y muy al contrario. Ya lo hemos dicho, é insistimos en ello, la naturaleza y la humanidad están en ellos más que en nadie. Son hombres sobrehumanos, pero hombres. *Homo sum.* Esta palabra de un poeta resume toda la poesía. San Pablo se golpea el pecho y dice: *Peccamus.* Job os declara quien es: «Soy el hijo de la mujer.» Son hombres. Lo que os turba es que son más hombres que vosotros; son, por decirlo así, demasiado hombres. Donde vosotros no tenéis más que una partícula, ellos lo tienen todo; llevan en su vasto corazón la humanidad entera, y son más que vosotros mismos; os reconocéis demasiado en su obra; de ahí vuestro grito. A esa naturaleza total, á esa humanidad completa, á esa arcilla, que es toda vuestra carne y al mismo tiempo es toda la tierra, añaden, y esto determina más tu terror, la reverberación prodigiosa de lo desconocido. Tiene escapes de revelación, y súbitamente, sin avisar, en el instante en que menos se espera, rasgan la nube, agujerean el cenit por donde cae un rayo, y alumbran lo terrestre con lo celeste. Es muy natural que se busque su familiaridad y que, sin embargo, no se tenga el gusto de avecinarse á ellos.

Cualquiera que no tenga una vigorosa educación de alma los evita gustosamente. Para los libros colosos son necesarios lectores atletas. Es preciso ser robusto para abrir á Jeremías, Ezequiel, Job, Píndaro, Lucrecio, Alighieri, Shakespeare. A la burguesía de los hábitos, á la vida pedestre, á la calma chicha de las conciencias, al «buen gusto», al «buen sentido», á todo el pequeño egoísmo tranquilo, hemos de

confesar que les molestan los monstruos de lo sublime.

No obstante, cuando se penetra en ellos y cuando se les lee, no hay nada tan hospitalario para el alma, en ciertas horas, como esos espíritus serenos. Repentinamente poseen una dulzura, tan imprevista como el resto de la obra. Os dicen: entrad. Os reciben en su casa con una fraternidad de arcángeles. Son afectuosos, tristes, melancólicos, consoladores. Súbitamente os ponéis cómodos. Os sentís amado por ellos; os figuráis que os conocen personalmente. Su firmeza y su orgullo recobran una profunda simpatía; si el granito tuviese corazón, ¡qué bueno sería! Pues bien, el genio es un excelente granito. La extrema potencia tiene el gran amor. Ruegan como vosotros. Saben que Dios existe. Aplicad vuestro oído á esos colosos y sentiréis sus palpitaciones. Tenéis necesidad de creer, de amar, de llorar, de golpearos el pecho, de caer de rodillas, de levantar vuestras manos al cielo con confianza y serenidad; escuchad á esos poetas, os ayudarán á subir hacia el dolor sano y fecundo, os harán sentir la utilidad celeste del enternecimiento. ¡Oh bondad de los fuertes! Su emoción, que puede ser, si ellos quieren, temblor de tierra, es por instantes tan cordial y tan dulce, que parece el balanceo de una cuna. Acaban de hacer nacer en vosotros algo en lo cual ellos ponen cuidado. En el genio hay algo de maternidad. Dad un paso, avanzad más, y tendréis una nueva sorpresa, helos graciosos. En cuanto á su gracia, es la aurora misma.

Las altas montañas tienen todos los climas en sus vertientes, y los grandes poetas todos los estilos. Basta cambiar de zona. Subid y hallarés la tormenta; bajad y todo son flores. El fuego interior se exterioriza con el invierno, el glaciar no desea otra cosa que ser cráter, no hay salida más hermosa de la larva que á tra-

vés de la nieve. Nada tiene de extraño una brusca perforación hecha por la llama en una cúspide polar. Ese contacto de los extremos es ley en la naturaleza, donde á cada momento surgen golpes teatrales de lo sublime. Una montaña, un genio, es la majestad áspera. Esas masas llevan en sí una especie de intimidación religiosa. Dante no está menos alto que el Etna. Los precipicios de Shakespeare son comparables á los del Chimborazo. En las cimas de los poetas no hay menos nubes que en los vértices de los montes. Allí se oyen los zumbidos de los truenos. En cambio, en los valles, en las gargantas, en los pliegues abrigados, en los escarpados cortes se encuentran riachuelos, pájaros, nidos, hojarascas, encantamientos, flores extraordinarias. ¿Habéis visto ese paraíso llamado el Jardín, encima del espantoso arco del Aveyrón, en medio del mar de Hielo? ¡Qué episodio! Un sol ardiente, una sombra templada y fresca, una vaga exudación de perfumes en los parterres, parece que el mes de mayo perpetuo se acurruca en aquellos precipicios. Nada más tierno ni más exquisito. Así son los poetas, y así los Alpes. Los grandes y viejos montes, feos y todo, son maravillosos confeccionadores de rosas y de violetas; se sirven de la aurora y del rocío mejor que todas vuestras praderas y todas vuestras colinas, las que, sin embargo, son su sitio natural; el abril de la llanura es uniforme y vulgar al lado del suyo; pero aquellos ancianos inmensos tienen en su torrente más feroz una encantadora primavera, propia y exclusiva, que las abejas conocen perfectamente.

LIBRO CUARTO

CRÍTICA